



**LUGARES
A EVITAR**

**CUANDO CAE
LA NOCHE**

JUAN IGNACIO CUESTA

II PREMIO ENIGMAS

Prólogo de Lorenzo Fernández Bueno

Luciérnaga

LUGARES A EVITAR CUANDO CAE LA NOCHE

JUAN IGNACIO CUESTA



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto e imágenes: Juan Ignacio Cuesta Millán, 2017.

Nos hemos esforzado por confirmar y contactar con la fuente y/o el poseedor del copyright de cada foto y la editorial pide disculpas si se ha producido algún error no premeditado u omisión, en cuyo caso se corregiría en futuras ediciones de este libro.

Primera edición: enero de 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-40-2

Depósito legal: B. 21.390-2016

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo de Lorenzo Fernández Bueno	13
INTRODUCCIÓN	17
De la luz y de su ausencia	17
Del miedo y de la libertad	23
En conclusión y punto de partida	27
AL ALBA	
1. FUENTEMOLINOS, UN PALACIO DE CRISTAL	31
Puras de Villafranca, Burgos	
<i>En la oscuridad absoluta</i>	
Orfebrería caliza	35
El palacio de las hadas	37
2. LA CASCADA SECRETA	43
Aldeaquemada, Jaén	
<i>Donde se vierte La Mancha</i>	
Para llegar a Aldeaquemada	43
La Cimbarra	46
Y de paso...	48

3. EN TIERRA DE NIEBLAS	51
Valle de Asón, Cantabria	
<i>Alquimia subterránea</i>	
La cola del caballo de Santiago	51
El laberinto de los duendes	53
El descenso al alambique	56
4. LOS ABISMOS DEL BOSQUE	59
Palancares y Tierra Muerta, Cuenca	
<i>Torcas, dolinas y páramos</i>	
Las torcas (los pozos del infierno)	61
La novia que no quiso casarse	63
5. LAS OTRAS TORCAS	65
Cañada del Hoyo, Cuenca	
<i>Una acuarela geológica</i>	
AL AMANECER	
6. LAS CRIPTAS DE ANTIKARIA Y SU PRODIGIOSO TORCAL	73
Antequera, Málaga	
<i>Dólmenes y paisajes oníricos</i>	
Un torcal onírico	77
7. LA SELVA PINTADA	79
Villar del Humo, Cuenca	
<i>Un cowboy neolítico en Selva Pascuala</i>	
8. CARRETERAS ATERRADORAS	87
Enguera y Bicorp, Valencia	
<i>Tesoros de la Valencia interior</i>	

9. MEGALITOS Y ESTRELLAS	93
Pirineos occidentales	
<i>Así en la tierra, como en el cielo...</i>	
<i>Así en el cielo, como en la tierra</i>	
Una hipótesis interesante	95
Pequeña guía para el buscador de megalitos	96
POR LA MAÑANA	
10. LA PLATA DE LAS MONTAÑAS	101
Villaricos, Almería	
<i>Sierra Almagrera</i>	
La cultura del Argar	103
La jarosita	105
11. AIRÓN, EL GUARDIÁN DEL INFRAMUNDO	109
Península Ibérica y sur de Francia	
<i>Un dios prerromano</i>	
La Fuente Redonda de Uclés	111
El señor de las profundidades	112
12. EL SANTUARIO TELÚRICO DE CONQUEZUELA	117
Junto al río Bordecorex	
<i>Una Virgen redentora</i>	
El santuario de los danzantes	119
El rito	121
El «útero de la diosa»	123
13. ES CULLERAM	127
Sa Cala o cala de Sant Vicent, Ibiza	
<i>Los ritos secretos de Tanit</i>	

El antro sagrado	129
Los <i>fameliars</i>	131
14. LA CRUZ Y LOS OJOS DE AMBITE	133
Ambite, Madrid	
<i>Un lignum crucis peculiar y un filántropo soñador</i>	
Encinas... almendros... ruinas	134
La Cruz de Ambite	135
Caminando por el páramo	137
Los Ojos de Ambite	139
El pensador filántropo	141
El después... serendipia	142
AL MEDIODÍA	
15. EL SANTUARIO DE LA SERPIENTE	147
Garcinarro, Cuenca	
<i>Guerreros paganos y eremitas cristianos</i>	
Del <i>macho lanú</i> , el <i>basajaún</i> y otros entes míticos	148
Muértere	151
Un santuario celtibérico	153
La Cava (introito)	156
La Cava (nudo): las minas de la Mudarra	158
La Cava (desenlace): la excavación	160
16. TERMANCIA	163
Montejo de Tiermes, Soria	
<i>Los heroicos arévacos</i>	
Termancia, una Petra hispana	164

17. TIERRA DE MONSTRUOS Y SANTOS	169
La Somoza y el Bierzo, León	
<i>El Teleno y la Aquiana</i>	
Asturica	170
Las «malditos» de la Somoza	172
Los «tambores» del Marte berciano	174
Una vieja herrería	176
El valle del Silencio	178
Cruzando el Pons Ferrata	180
18. EL MISTERIO DEL SANTO REINO	185
Sierra de Segura, Jaén	
<i>Una región sorprendente</i>	
Unas tierras sagradas, misteriosas... y ricas	186
El último reino visigodo	188
Caballeros occitanos en el Santo Reino	190
El misterio de los portulanos mallorquines	192
El mejor escondite	194
El descubrimiento de los caballeros del Punto Fijo	196
Una conclusión..., aún inconclusa	198
EN LA SIESTA	
19. LA IGLESIA MINÚSCULA	201
Pola de Lena, Asturias	
<i>La pasión de Ramiro I</i>	
La «casina de los 365 ángulos»	203
Curiosidades y leyendas	205
20. EN LAS ORILLAS DEL PISUERGA	
De Olleros a La Pernía, Palencia	207

*Concepciones curiosas de lo sagrado
y monstruos legendarios*

Santa María la Real y su misterioso claustro	210
El milagro de la muda que dejó de serlo de un susto	214
Monstruos y seres de otro mundo	218

21. LAS ANJANAS DE VALDERREDIBLE 221

De Orbaneja del Castillo (Burgos) a San Martín de Valdelomar (Cantabria)

De paisajes, sexo medieval y campanarios solitarios

El Tobazo, una puerta al interior de la montaña	223
La laguna azabache	226
Valle arriba	227
La historia del hombre chivo	229

22. LA ALCUZA DEL PASTOR 231

Bustares, Guadalajara

El Santo Alto Rey de la Majestad

Una leyenda montaraz y una investigación	232
¿Verdad, falsedad... o intereses?	233
El aceite tóxico	235
Reflexiones en medio de una ventisca	236
Ante una celosía hipnótica	237

AL ATARDECER

23. EL CASTILLO DEL POETA 243

Villamanrique, Ciudad Real

Jorge Manrique y Montizón

Un retiro lírico	243
Una triste dama	246

24. UN ALTAR IGNOTO	247
San Lorenzo de El Escorial, Madrid	
<i>El canto del rey</i>	
Una hipótesis novedosa	248
¿Puesto de caza o santuario vetón?	249
A la luz de la luna	252
25. DONDE VIVIÓ UN DRAGÓN	255
Sant Llorenç de Munt, Barcelona	
<i>... Y una planta que resucita</i>	
AL ANOCHECER	
26. LA QUINTA DEL FILÁNTRORO	261
Sintra, Portugal	
<i>Un jardín gnóstico</i>	
La quinta da Regaleira	262
Cronología de una genialidad	263
El jardín y su contenido	265
Hacia el pozo Iniciático	269
Fin de ruta	271
27. EL TREN FANTASMA	273
De Torrejón de Ardoz a Santa Cruz de la Zarza	
<i>Cuarenta de días de esfuerzo inútil</i>	
La vía Negrín o de los Cuarenta Días	274
Bajo la ermita de la Virgen de Bellaescusa	277
DE NOCHE	
28. LA CRIPTA DE SANT PERE DE RODES	283
Port de la Selva, Alt Empordà, Girona	

Las reliquias de san Pedro

29. MEJOR NO IR DE NOCHE	287
San Lorenzo de El Escorial, Madrid	
<i>Un fantasma infantil</i>	
La cruz del niño Pedrín	287
La <i>Correspondencia de España</i> , miércoles 12 de febrero de 1893, edición de la mañana	289
Las hipótesis	291
... Y la leyenda	292
30. AURELIA	295
Ontígola, Toledo	
<i>Los espíritus de un pueblo fantasmal</i>	
Epílogo	299
Agradecimientos	301

FUENTEMOLINOS, UN PALACIO DE CRISTAL

Puras de Villafranca, Burgos

En la oscuridad absoluta

Para llegar hasta Puras de Villafranca, hay que cruzar el puente del Diablo. Así lo llaman por la resistencia diabólica, a juzgar de los obreros, que presentó a quedar en pie, hace un siglo más o menos. También se dice que debajo, en sus pozas, donde alivian los ardores veraniegos los transeúntes, aparecen unas bestias con cuerpo de mujer y pies de pato, que les molestan para que marchen de allí cuanto antes —¿qué nombre tendrán tales criaturas?—.

No hay mucha gente que vaya de noche a la cueva de Fuentemolinos, entre otras cosas porque no está accesible al profano. Incluso puede que si usted llega al pueblo, se detiene en el local donde se reúne la gente a pasar las veladas, y pregunta por ella con cara de despistado, le digan que mejor que no vaya, porque es no solo peligrosa, sino también un lugar poco conveniente para extraños. La presencia en la zona de las viejas minas de manganeso está relacionada con las leyendas que circulan por la zona sobre enfermedades nerviosas y otras dolencias que afectaron a quienes frecuentaban los túneles mineros del lugar.

Lo cierto es que no es una de esas cuevas que uno pueda visitar turísticamente. Su acceso es complicado para quien no esté ducho en espeleología y conozca no solo las técnicas necesarias para que sea una práctica segura, sino que no tenga inconveniente en sufrir las penalidades por las que pasará sin escape posible.

Incluso si contrata los servicios de una empresa de la zona que organiza actividades en la cueva, Beloaventura, no va a poder evitar algunas incomodidades.

He creído conveniente situarla en primer lugar porque, como he adelantado, el criterio que he seguido para elegir los lugares que figuran en esta obra es el cronológico, y en este caso estamos ante una cavidad que, por su morfología, es una de las seis primeras del mundo, y se formó hace unos 35 millones de años, durante el Oligoceno, en las entrañas de la sierra de la Demanda. Cerca pasa, además, el Camino Francés, en su tramo riojano burgalés.

Pero no solo cuenta la cronología. Desde el primer momento que fui a conocer Fuentemolinos como espeleólogo, tuve acceso a una serie de datos interesantes de la historia de la zona. En primer lugar, en Belorado, capital de la zona, se encuentran unas cuevas que la tradición une a la historia de san Caprasio, del que se cuentan varias cosas contradictorias que no permiten saber con claridad de quién estamos hablando. Una de las tesis nos sitúa al santo como un eremita griego que no pudo resistirse a los encantos de una pastora y, tras un lance que no es preciso describir, fue emplazado en penitencia a construir un monasterio en un lugar del mundo semejante a su tierra. Y encontró el sitio en Suellacabras, provincia de Soria. A este se le identifica con san Caprasio de Lerins, distinto de su homónimo que vivió en Agen, en Francia, y que podría ser al que se refiere la leyenda de Belorado. No lo sabemos, pero sí hay cosas curiosas.

Este nombre significaría según se dice «luz al alba», que no «del alba», como figura en otros sitios, o sea, el planeta Venus, o lo que es lo mismo, el brillo de Lucifer o Esperus, el «portador de la luz». Esto explicaría que al de Lerins se le reconozcan habilidades contra el maligno, como que en su presencia huían las serpientes. Incluso, en la versión soriana, se dice que hay confusión porque realmente vendría de san Cabras, peleador de demonios varios que atacaban a sus animales. Porque no podemos obviar que en el Medievo se identificaba a lo demoníaco con lo caprino,

reminiscencias de aquel dios celtibérico, Cernunnos, que representó al espíritu de la naturaleza, en especial de las bestias, y que inspiró a Pan y a Fauno en el mundo clásico. Si tenemos en cuenta que el pasado de Belorado es Austrigón, un pueblo celtíbero, pues, quizá vayan por ahí los tiros.

Una referencia documental que ilustra este tema aparece, entre otras, en un lugar alejado, la ribagorzana catedral de san Vicente, en Roda de Isábena (Huesca). En una lauda funeraria, y casi invisibles para quienes no estén alerta, figuran las palabras *Lucifer* y *Esperus* junto a dos «flores de la vida». Está dedicada a Raimundus, que fuera canónigo y archidiácono de Roda y prior de Lérida. Afirma que feneció el 8 de las calendas de mayo, vaya usted a saber de qué año. El tal prócer debía de estar fascinado por ese concepto del *fiat lux* que sucede dos veces al día, al amanecer y al atardecer, protagonizado por el segundo planeta del sistema solar.

Recuerdo bien aquella primera noche en que fui con mis compañeros a Puras de Villafranca, dispuestos a alojarnos en un cobertizo, una especie de garaje que había junto al puente que cruza el río de Aguas Puras para pasar el inicio de la noche, ya que íbamos a entrar en la gruta de madrugada. Y también que, cuando fuimos a tomarnos una cerveza, me enzarqué con un anciano del pueblo que me contó su pasado minero. Cuando le dije que íbamos a conocer la cueva, me miró con ojos reprobadores, y me dijo que qué pintábamos nosotros allí, en el reino de los demonios. Le contesté que me parecía más bien que tales entes andaban entre fuegos y no en las aguas. Pero él insistió: «También los hay ahí. Llegue y ya verá cómo rugen, de lo que les molesta que nadie se acerque a su morada. Además, de noche andan hurgando en los caminos, para hacerlos resbaladizos. A una mula mía se le rompió una pata una noche que volvíamos tarde de un *prao*. ¡Y fueron ellos! Se lo aseguro. No sabe cómo se carcajearon aquella noche».

Poco después de este encuentro, nos aprestamos a descansar antes de seguir hacia nuestro objetivo pero, como suelo hacer, un

rato antes de embutirme en el saco de dormir, me di un paseo solitario por aquel camino que ascendía hacia las montañas. La oscuridad estaba acentuada porque las pocas estrellas que se veían andaban enmarcadas por las rocas de ambos lados del valle. En un momento, me detuve, y creí escuchar pasos a mis espaldas. «Serán los demonios de la cueva», me dije como en broma, y por si acaso me fui a dormir. Ya los conocería después, junto a mis aguerridos compadres.

Desde luego que para llegar a la boca del complejo subterráneo hay que tener precaución con los resbalones. El verdor es tan intenso durante todo el año que una pisada en falso te manda al suelo en aquellas cuestas pronunciadas, y casi siempre sobre ortigas o zarzas. Sobre todo cuando vas iluminado solo con un punto en tu casco.

Hasta 1959, para los del pueblo, aquello no era sino una grieta por donde manaba un agua purísima que canalizaron hacia la red doméstica del pueblo. Fue entonces cuando Félix Ruiz de Arcaute y José Luis Puente iniciaron su exploración. En principio solo se reconocieron 1.814 metros. Pero en 1975, el grupo burgalés Niphargus estira el plano hasta los 3.800. Invitado el Spéléo-Club de Montpellier, se cruza un sifón final, alcanzando unos 150 metros más. Luego, una nueva galería llevará al reconocimiento actual de 4 kilómetros y 86 metros en 1984.

El Consistorio municipal decidió poner una reja en la salida del agua, para que no se accediera por allí, entre otras cosas porque se escucha el fuerte fragor de una cascada cercana en el interior, la voz de los «demonios», lo que hace presumir que este acceso no es, ni conveniente, ni seguro. Además, unos seis metros por encima, se abre una boca que conduce a una gatera angosta que descende hasta el salto, que también se enrejó para regular el acceso de los interesados en entrar. Son unos setenta metros que agobian un tanto, sobre todo a neófitos que sienten algo de claustrofobia cuando tienen que reptar como topos. Los más expertos ayudan a los nuevos haciéndoles avanzar de espaldas, con un punto de referencia siempre visible que evite una paralización inconveniente.



Cuando se roza por descuido algunos de estos espeleotemas, descubrimos que son como campanas tubulares, capaces de emitir del tono más grave al más agudo.

Orfebrería caliza

Luego, viene la segunda prueba, hay que avanzar unos tres centenares de metros a través de una galería de sección triangular en la que el agua llega hasta los muslos e incluso más arriba cuando llueve fuera. En algunos tramos hay que agacharse notablemente. Pareciera que el portero de este recinto iniciático, como Caronte, exigiera al aspirante el pago de una prenda, ir mojado un buen rato hasta que se sequen las ropas. Algunos incluso aguantan el frío del agua en bañador hasta salir de esta canalización.

Pronto se alcanza una playa de grava donde descansar para seguir progresando en este antro mágico. A la luz de los cascos va desplegándose un paisaje extraordinario, dominado por un contraste acusado entre el negro y el blanco. Estamos en una cueva

tan contrastada como el símbolo del yin y el yang. En la pudinga (aglomerado), se insertan piedras negras por el manganeso y otras sustancias, sobre las que se adivinan vetas calizas blanquísimas.

El río avanza rumoroso desde el fondo del criptodesfiladero. Sus paredes muestran multitud de repisas, salientes y vasares desde donde se elevan o se vierten columnas que, engastadas en un inmenso azabache, semejan ser unas de mármol y otras de nácar. Su color y su textura parecieran nata que chorreará sobre un pastel de chocolate.

El espeleólogo va insertándose paulatinamente en aquel laberinto de formas y techos que siguen el curso del agua, más o menos longitudinal. La oscuridad y la sensación intemporal ayudan a concentrarse en disfrutar de aquel mundo interior, un éxtasis dinámico de características especiales bien conocidas. Quienes practican esta disciplina científico-deportiva aventurera que es la espeleología experimentan habitualmente una alteración de la conciencia y de la emotividad habituales, provocada por aquel ambiente tan hostil para los humanos.

Las extraordinarias columnas parecen diseñadas por un arquitecto ciclópeo que hubiera construido una especie de catedral anárquica donde las bóvedas, casi invisibles, han ido acumulando energías sutiles durante siglos.

Llega el momento de abandonar el lecho del río y buscar los recintos palaciegos secretos. La ruta progresa a través de una maraña de caos laberínticos de diversas texturas, que ascienden hasta los pisos superiores —los espeleólogos llamamos caos de bloques a los derrubios o desprendimientos de las partes superiores—. Una montaña de barro blanco, por ejemplo, obliga a tomar precauciones para no resbalar. Luego se cruzan algunos abismos por repisas estrechísimas desde cuyo fondo llega constante el rumor del río. En un momento, hay que ayudarse de un cable de acero a modo de barandilla que se conoce como «pasamanos». En el año 2002, se rompió en una ocasión, lo que llevó a un visitante, José Luis Núñez, a caer unos veinte metros sobre el río, aunque al parecer no sufrió lesiones excesivamente graves.

Es conveniente repasar bien todas estas instalaciones y reforzarlas si es necesario con equipos propios.

Al final, en el techo de una estrecha sala donde apenas cabe el grupo, asciende un pozo de unos treinta metros por el que hay que subir con técnicas de escalada —o trepando como se pueda—. Es una excelente metáfora del esfuerzo que se requiere para alcanzar la elevación espiritual, premiado con el acceso a un paraíso para iniciados.

El palacio de las hadas

No es fácil describir el piso alto de esta gruta sin ser cursi, pero es que resulta complicado hacerlo sin recurrir a adjetivos exagerados. Podríamos decir que la sensación que se percibe es la de haber llegado al interior de una de esas estancias escondidas descritas en los cuentos de *Las mil y una noches* donde los *djins* —genios— guardan sus tesoros: un joyero abigarrado donde uno no sabe dónde mirar; una explosión de formas difíciles de explicar sin recurrir a la intervención de una voluntad decidida a manifestarse de ese modo (si no fuera porque esto no está destinado a ser contemplado, sino a la oscuridad y soledad absolutas).

Lo primero que hay que hacer para penetrar en este sancta-sanctórum de lo insólito es atravesar unas lagunillas de aguas esmeraldinas totalmente transparentes a través de las piedras que emergen y hacerlo sin rozar la superficie para no alterar el ritmo secular de las ondas que nacen de las gotas en su caída continua. Algunas se secan en ocasiones, y sus bordes sujetan cientos de concreciones, como de hojaldre. Las cortezas salinas han ido precipitándose a distintas alturas, coincidiendo con el nivel que alcanzó la superficie durante los distintos períodos hidrológicos. En aquella quietud se han ido manteniendo, flotando en un vacío que a veces vuelve a inundarse.

Algunas de las estalactitas diamantinas del lugar forman una especie de jaulas en cuyo interior existen pequeñas y característi-

cas piletas o *gours* donde pueden observarse columnas de no más de cuatro o cinco milímetros, ahora bañadas por el agua del fondo. Otras, sorprendentemente, tienen impurezas que las hacen brillar como si fueran de oro puro.

Si nos ponemos líricos, diríamos que se trata de un fascinante conjunto de travesuras arquitectónicas concebidas por las mentes de unos seres diminutos y burlones; como hechas adrede para jugar con nuestra sensibilidad. Lo cierto es que, independientemente del carácter de cada uno, van hipnotizándonos y serenándonos poco a poco hasta que alcanzamos un estado en el que nos parece inconcebible tener que abandonar aquel lugar.

A todo esto acompaña el sonido, la sensación de estar en una caja de música. Los ruidos quedos, los leves susurros y los chapoteos casi imperceptibles de una fina y dispersa lluvia crean un arpa delicada y natural.

En Fuentemolinos se da en abundancia un fenómeno anómalo en común con otras grutas, pero que aquí adquiere una enorme espectacularidad, tanto por el número, como por su calidad: los espeleotemas llamados estalactitas excéntricas o helictitas. Pero aclaremos primero que espeleotema es cualquiera de las formaciones que se crean en las grutas por precipitación mineral, llamadas también «formaciones de las cavidades».

Las helictitas son algo insólito y un tanto incomprensible, y es que parecen no obedecer a la ley de la gravedad. Se expanden hacia todas partes retorciéndose, unas veces formando masas que recuerdan radiolarios o corales, y otra «churros» barrocos espectaculares. Las hay que tras dar varias vueltas terminan, como sacacorchos imposibles, apuntando hacia el techo. Algunas brotan de la pared a modo de perchas o sierras clavadas a propósito en la roca.

Geólogos y espeleólogos llevan preguntándose desde su descubrimiento el porqué de este comportamiento insólito sin haber dado hasta ahora una respuesta completa y satisfactoria. Las hipótesis ortodoxas son varias.

Iosif Viehman, un espeleólogo rumano, sugirió que la causa es multifactorial, y podría estar relacionada principalmente con

impurezas coloidales de arcilla que desvían el crecimiento de los cristales. Van Breck, a principios del siglo xx, habló de fuerzas de cristalización capaces de contrarrestar la gravedad. Lladó, en 1970, afirmaba que existe un desplazamiento del eje cristalográfico paralelo al eje de crecimiento del espeleotema. Núñez Jiménez, cubano, afirmó después de sus experimentos que la capilaridad es la responsable del fenómeno. Recientemente se ha hablado del equilibrio dinámico entre la presión parcial de saturación y la de vaporización, englobada en los llamados «momentos de sudor».

Pero otros factores invitan a añadir otras ideas. Analizadas muchas helictitas, no revelan impurezas no presentes en otras que sí se desarrollan de acorde con la lógica formal. Segundo, hay que tener en cuenta que su formación dura miles de años —muchas están aún haciéndolo—, y resulta difícil mantener que las variaciones de temperatura y los distintos niveles de los flujos de agua no han cambiado frecuentemente la dirección de las microcorrientes de aire. Por otra parte, no hay más que fijarse para darse cuenta de que algunos grupos de excéntricas necesitarían miles de millones de corrientes cuyo flujo no podría tener más allá de un par de milímetros (hay que tener en cuenta que su aspecto es como el que adquieren las salpicaduras de agua cuando se congela repentinamente).

Quizá, piensan los más atrevidos, la interacción de las distintas formas de energía que actúan en la Tierra sobre los objetos animados e inanimados nos aproxima a una explicación de cómo estas formaciones realmente serían las resultantes de balances energéticos que tienen variaciones mínimas durante larguísimos períodos de tiempo.

El magnetismo terrestre, por ejemplo, es irregular. Experimenta continuas oscilaciones debidas a las diferentes densidades y composiciones minerales. La mayor o menor presencia de hierro, magnetita, materiales débilmente radiactivos, grandes masas homogéneas —como rocas—, corrientes eléctricas y otras circunstancias alteran los valores, a veces en microespacios. Incluso la energía tectónica pulsando permanente e imper-

ceptiblemente puede tener cierta influencia en la génesis de este fenómeno.

Tras los estudios realizados por Ernst Hartmann y Manfred Curry, presumimos que la corteza terrestre está cruzada por una malla de redes productoras de radiaciones. En los sitios donde se cruzan unas con otras se producen fenómenos energéticos apreciables que influyen sobre cuanto está a su alrededor. Si además coincide con corrientes de agua, característica imprescindible para la formación de una gruta, el efecto puede amplificarse poderosamente.

Precisamente este tipo de influencias solo son apreciables en cuevas como estas, debido a su condición de recintos estables térmicamente y poco sujetos a la degeneración provocada por los agentes atmosféricos exteriores. Su tempo es distinto del exterior y ha permitido que los procesos se desarrollen a lo largo del tiempo sin ser detenidos. Por otra parte, la influencia del hombre sobre las cavidades interiores es muy limitada en el tiempo, toda vez que la exploración sistemática de las cuevas empezó a finales del siglo XIX, y a pesar de la destrucción que se ha provocado en algunas de ellas, los lugares de más difícil acceso permanecen casi intocados. Incluso muchas cavernas, o no han sido descubiertas aún, o no han sido estudiadas y observadas en su totalidad.

Además, algunas de las estalactitas y columnas de este recinto tienen una resonancia musical apreciable al más mínimo roce. Suenan como campanas tubulares en una escala que recorre todo el espectro armónico cromático. Una especie de instrumento de música gigantesco que solo se puede apreciar cuando se las acaricia con extremo cuidado para no deteriorarlas. Son un tesoro único que hay que cuidar.

Regresar hacia el mundo exterior desde un palacio de cristal propio de las ensoñaciones que provocan algunas sustancias alucinógenas o enteógenas, como el peyote, resulta un descenso desde otro nivel. Quizá sea por esto que pareciera como si los dueños de aquel antro no quisieran dejarnos salir, haciendo que las piernas se vuelvan muy pesadas. No soy el único que ha tenido

esa sensación, que suele ser vivida en silencio, y solo se comparte después; todos cuantos han entrado aquí la han experimentado. Hay algo en el lugar que atrae, que atrapa y que parece no querer soltarte. Se regresa hacia la entrada a favor de corriente, y frecuentemente en estado meditativo, escuchando el chapoteo de nuestras botas que interrumpe el fluir del agua. Es en ese momento cuando surgen sensaciones y preguntas cuya contestación implicaría que algo hay vivo en el lugar aunque no sea humano. Como si se hubiera cometido una violación de un secreto y sus defensores se resistan a dejarnos marchar. Entonces es cuando vienen a la cabeza algunas lecturas donde se apunta la existencia de esas entidades fééricas —hadas, gnomos, xanas, lamias...— que actúan como «guardianes del umbral», y que dan o quitan permiso a los intrusos. Algo así como los *loas* de Haití, a quienes hay que pedir permiso para acceder a sus secretos.

Nunca podemos estar seguros de que tales cosas no existen, ni de lo contrario, pero sí de que, por alguna razón desconocida, nuestra consciencia recibe mensajes de alerta de vaya usted a saber dónde o quién que habita profundidades donde no conviene acercarse después del anochecer. Y si se hace, apechugar con lo que pase.